

medida que me alejaba en las profundidades del espacio exterior.

Entonces en medio de la obscuridad infinita, percibí otro universo que era en el espacio como una nebulosa, pálida y lejana; y comprendí, que todo lo que vemos con nuestros ojos en la noche más profunda, y que todo lo que la visión telescópica nos ha permitido descubrir no representa, en el infinito, más que una región local de un universo, y que hay otros universos, como aquel en que nuestro Sol es una estrella.



VII

EN EL INFINITO.

Me acerqué á ese segundo universo que venía agrandándose, como un archipiélago de estrellas, y no tardé en llegar á los primeros arrabales.

Atravesándole en toda su extensión, reconocí que también está compuesto de varios millares de millones de soles alejados unos de otros por millares de millones de leguas; después encontré más allá otro desierto oscuro análogo al que tuve que franquear para ir á ese segundo universo.

Siguiendo mi vuelo, vi aparecer un tercero y le atravesé. Un cuarto le sucedió, luego otro, en seguida otro más. Y cuando atravesaba los desiertos que les separan, á donde-

quiera que mi vista intentaba sondear el abismo, descubría siempre y por todas partes nuevos universos.

Entonces comprendí que todas las estrellas que nunca se observaron en el cielo, que los millones de puntos luminosos que constituyen la Via Láctea, que los innumerables cuerpos celestes, soles de todas magnitudes y todas luces, sistemas variados, planetas, satélites, que por millones y por millones de millones se suceden á nuestro alrededor en la inmensidad, que todo lo que los idiomas humanos designan bajo el nombre de cielo ó bajo el nombre de universo, no representa, en el infinito, más que un archipiélago de islas celestes y en la población del gran todo una barriada, una "villa" más ó menos importantes.

En esta agrupación del imperio sin límites, en esta "villa" de comarcas sin fronteras, nuestro Sol y su sistema representan un punto, "una casa", en el seno de millones de otras análogas. ¿Es nuestro sistema solar palacio ó choza de esta ciudad inmensa? Más bien es choza.

¿Y la Tierra? Es una *habitación* de la casa

solar, pobre mansión tan minúscula como modesta.

Así, en la economía general de la Naturaleza, nuestro mundo entero no tiene mayor importancia que una pobre vivienda en un gran patio; este patio á su vez se pierde en una ciudad inmensa, que para nosotros representa el Universo entero, no es más que *un* universo, más allá del cual, en todas las direcciones del espacio hay *otros universos*.

¡Cuánta distancia hay de esta realidad á las pretensiones humanas, antiguas y actuales, que imaginan que nuestro mundo llena el infinito, que Dios detiene al Sol para que alumbré una batalla de Josué, de Carlomagno ó de Carlos Quinto, y que el gran sembrador de estrellas se hizo antropomorfo para vivir con nosotros!

¡Qué inocencia la de los teólogos sinceros! ¡Qué impostura la de los Jefes de Estado que para domeñar á los pueblos osan aun investirse con el título de mandatarios de Dios! ¡No son los verdaderos ateos esos hombres, ignorantes ó mentirosos, que hacen de la más sublime de las ideas, la cómplice de todas sus medianías, y los verdaderos deístas no son los investigadores independientes cuya única

ambición es subir laboriosamente á las causas y aproximarse gradualmente á la ver-

¡Con qué raros sistemas religiosos no envió hasta ahora la humanidad terrestre su infecunda imaginación! El israelita que cree ser agradable á *Dios* practicando la circuncisión ó comprando un cuchillo nuevo para estar seguro de que no le tocó grasa de puerco; el cristiano que cree bajar á *Dios* sobre una mesa y á quien los predicadores cuentan que los preces y los ayunos tienen influencia sobre la meteorología y sobre la agricultura*; el musulman que ve la puerta del paraíso de Mahoma abierto ante él cuando apuñalea á un misionero; el fanático que se precipita bajo las ruedas del carro de Jagger-naut; el budista que permanece fascinado en la beatífica contemplación de su ombligo ó hace maniobrar un molino de oraciones para rescatar sus pecados: tienen de seguro la idea más singular y más pueril del Sér desconocido ó *incognoscible*.

Todas estas pequeñeces de espíritu estaban en relación con la ilusión primitiva de la

(*) Sermon oído en París, en la iglesia de Saint-Séverin el 15 de Mayo de 1888.

pequeñez del universo, considerado como una pantalla tapizada con clavos de oro que encerrara á la Tierra. En verdad si la Astronomía no diera más resultado que *ensanchar nuestras concepciones generales* y mostrarnos la relatividad de las cosas terrestres en el seno de lo absoluto, que *emanciparnos* de este antiguo servilismo del pensamiento y ponernos libres ante el infinito, merecería nuestra veneración y nuestro reconocimiento eternos, porque sin ella seríamos incapaces de pensar justamente.

Algunos conservadores del pasado me objetarán quizá que hay en Francia, y aun en el observatorio de París astrónomos que comulgan, rezan el rosario y llevan cirios en las procesiones. Sí, el hecho es innegable. Tal fenómeno psicológico tiene dos explicaciones. O éstos seres híbridos son sinceros ó no lo son. Si son creyentes, son ilógicos y van en desacuerdo constante con su razón científica, y entonces no hay más que asombrarse del extraño arreglo que su conciencia celebra entre dos concepciones de la Naturaleza, absolutamente en contradicción; pero no se puede justificarla evidentemente. En el segundo caso es hipocresía, mentira, farsa, interés per-

sonal: juzgue de este género de conciencia todo hombre honrado.

Estas anomalías y estos retardos no impiden que la Astronomía haya dado luz é independencia á los espíritus que la comprenden y que tienen el valor y la franqueza de su opinión.

Empero, al referir mi sueño veneciano no tengo la intención de entrar en polémica alguna ni aun la de emprender disertación extraña á mi asunto y me apresuro á volver á mi viaje sideral y á describir su última faz.

Había atravesado por entre varios universos análogos á nuestra Vía Láctea, universos separados unos de otros por abismos de infinitos, y el aspecto que más me llamó la atención en ese contemplar general fué ver un gran número de humanidades extrañas á la nuestra, que vivían en las diversas regiones de espacio con vida propia y arrebatadas cada una en su destino por el torbellino de los asuntos personales.

Sí, en tanto que los habitantes de la Tierra empequeñecen la creación hasta rebajarla á su talla, miles, millones, millares de millones de otras humanidades viven, en todos los grados de la jerarquía intelectual en sis-

temas solares que son por sí el centro de su esfera de observación y lejos de los cuales nuestra patria terrestre se pierde en infinita lontananza.

Ví también mundos muertos. Es un hecho digno de atención que toda existencia tiende á la muerte. Nacen los seres para morir; los mundos llegan á los períodos de vitalidad para descender, en seguida, á un apogeo y marchar hacia la decadencia y la tumba. No se encienden los soles siuo para apagarse. La muerte es, pues, la ley suprema, el resultado final.

El matemático puede calcular desde ahora y con gran aproximación, la época en que se apague nuestro Sol y en que la Tierra ruede en medio de la eterna noche como en un cementerio helado. La historia entera de la humanidad terrestre concluirá en la nada más absoluta. Vendrá un día en que aun las ruinas se destruyan.

En virtud de la tendencia de la energía á permanecer en equilibrio es able en el Universo, la vida tendrá un fin en la Tierra y en cada uno de los mundos.

Si todo nos parece tender así á la extinción y á la muerte, es porque todavía ig-

noramos el secreto de la conservación de la energía. Tal fin es inadmisibile, que los términos mismos del problema llevan su propia condenación.

Admítase, en efecto, que la fuerza y la materia no pueden ser creadas ni destruidas y que existieron, y por consecuencia reaccionaron, desde toda la eternidad. Sí, pues, la radiación de los soles en el espacio tiene por último resultado su extinción y por ende la de la vida en la superficie de los planetas que les pertenecen, como hace ya una eternidad que la energía tiende á establecerse en equilibrio estable, no debiera existir un solo sol, una sola estrella.

Ahora bien, relativamente no á una duración eterna, sino sólo á un período que se borra como un relámpago ante esta duración, por ejemplo un sextillón de años.....
—1 000 000 000 000 000 000 000—* la vida de

(*) Este número no es enorme. La Tierra pesa seis mil sextillones de kilogramos. Cinco céntimos colocados á interés compuesto desde la época en que nació Jesucristo habrían producido una suma demás de cuatrocientos diez y seis undecillones de francos.....
416 096 400 000 000 000 000 000 000 000 000 000.

Este cálculo lo hice en 1834. La suma se duplicaba cada doce años casi. En 1873 eran doscientos cuarenta y tres undecillones, en 1880 trescientos cuarenta y dos. Para representar esa suma sería necesaria una innumerable cantidad de lingotes de oro de las dimensiones de la Tierra,

una humanidad, de un planeta ó aun de un sol dura muy poco. Los geólogos hablan de veinte millones de años para toda la duración futura. Aun cuando duplicáramos, triplicáramos, duplicáramos, y aun centuplicáramos este número no llegaríamos á la milésima parte de un sextillón de años! Así, pues, sin remontar hasta una eternidad anterior, si verdaderamente la energía de los soles no tuviera otro resultado final que la extinción, no existiríamos en este momento, ni sería nada de lo que es.

El universo no fué formado en conjunto en el origen de las cosas. Ni aun existe este origen. Encontramos en el espacio soles de todas edades. Los hay antiguos, los hay nuevos. Aquí cunas, allá sepulcros. Si las primeras(?) creaciones formadas por la *materia* y la *energía* no se hubieran renovado, no habria ya universo. Toda la energía primitiva que hubiese animado á los soles, se habria agotado.

Así como recorriendo una selva, hallamos al paso encinos arrinados, árboles verdes y brotes nuevos, así también en el viaje celeste hallamos en el espacio mundos muertos desde ha mucho tiempo, tierras que ago-

nizan, mansiones en plena actividad y astros que apeneas acaban de nacer

Todo muere pero todo resucita.

Entre los últimos mundos, en plena vitalidad que visilé en ese viaje á través de los universos lejanos, hubo uno que me pareció particularmente notable por el estado de perfección de su progreso social. Aunque ese mundo sea el más lejano de todos los que hayan admirado en las profundidades del espacio, la humanidad que le habita no es muy distinta de la nuestra desde el punto de vista físico; está dividida en dos sexos, y las formas orgánicas se parecen un poco á las de nuestra raza; pero el estado social es sensiblemente superior al nuestro.

Una harmonía perfecta reina entre todos los miembros de esa vasta familia. Sencillos y modestos, cada uno de esos seres no tiene más ambición que la de elevarse gradualmente en el conocimiento de las cosas y en la perfección moral.

La atmósfera no es del todo nutritiva y, como aquí, es fuerza comer para vivir, pero la alimentación se hace exclusivamente con frutas y vegetales, y no se mata animal alguno.

Como las funciones de la vida material no ocupan sino parte mínima del tiempo, se vive sobre todo intelectualmente. En vez de las rivalidades personales que agitan la vida entera de los hombres y de las mujeres de la Tierra, allí no hay más preocupación que la del estudio ó la de los placeres

No se ha inventado el dinero. No hay ricos, ni pobres. Los frutos necesarios á la alimentación pueden cortarse en todas partes. El verano es perpetuo y no se ha pensado en vestirse porque las formas corporales conservan siempre su belleza y la coquetería nada tiene que disimular.

No hay vejez, que al llegar á la edad madura se duerme y el cuerpo se disgrega como una nube que se vuelve invisible por el cambio de estado de sus moléculas.

Ninguna ley ha instituido el lazo del matrimonio. Como sería imposible celebrar reuniones por interés, puesto que no existen castas ni fortunas, el amor es el único que que guía las elecciones.

Es raro que los años hagan descubrir alguna divergencia de carácter suficiente para conducir al deseo de otra elección, pero cuando esta divergencia se manifiesta, ninguna

cadena retiene á los esposos. El deseo del cambio, de la variedad, de la curiosidad interviene poco porque los seres que se han escogido con libertad se aman mutuamente.

Los amigos son seguros y fieles, y no se dan ejemplos de traiciones dictadas por un vil sentimiento de envidia.

A la inversa de lo que pasa en la Tierra todo hombre cuya vida va dirigida por el interés ó la ambición sería considerado como un monstruo inexplicable y se le despreciaría.

No hay frontera alguna. La humanidad forma una sola raza, una familia única. Las comunicaciones se han establecido en el globo entero por una especie de palabra que vuela con la velocidad del relámpago.

Un consejo administrativo nombrado por el sufragio universal dirige los trabajos relativos á la instrucción pública, á las ciencias, á las artes y á la justicia; pero este sufragio universal es ilustrado y escoge á los talentos mejores y más instruidos. Sería superfluo agregar que nunca se ha pensado en un ministerio de guerra.

El pueblo se guía por la razón y no conoce fetiches. Ningún sentimiento patriótico puede explotarse, ni aún inventarse, dado

que no hay frontera que divida á la humanidad.

No se ha instituido la llamada ciencia oficial. No hay Sorbonne que condene la teoría del movimiento, no hay academia que condene la doctrina de la paz perpetua. No hay títulos ni condecoraciones: allí no se aprecia más que el valer intelectual y moral.

En el idioma de ese pueblo no existe la palabra infalibilidad.

Una sola religión reina en los espíritus y en los corazones: la religión de la Astronomía. Sus facultades más trascendentales que las nuestras, sus sentidos más numerosos y más penetrantes, sus instrumentos de observación más poderosos, les han puesto desde mucho tiempo ha en comunicación con los mundos que le rodean, y han sabido servirse de la atracción como modo de transporte de un mundo á otro entre los seres espirituales.

Han encontrado el misterio de la unión entre la fuerza y la materia, y saben que allí hay una unidad substancial.

En su religión jamás nombran á Dios y ni se han atrevido á jugar á culto ninguno comprendiendo que sería indigno de ellos tal orgullo ó tal puerilidad. Su religión consiste

en creer en la inmortalidad por el conocimiento mismo de la naturaleza íntima de los seres, en mejorar y perfeccionarse por medio del estudio continuo de la creación, y en amarse los unos á los otros con un sentimiento ilustrado de justicia y de equidad.

Consideran á la Razón como á la más alta prerrogativa de la raza humana, y tendrían por insensato á todo doctrinario que imaginara prohibir el ejercicio de esta facultad con un sistema cualquiera de religión.

Desde allí, no se ha visto nunca á la Tierra y nadie supone su existencia.

Me parecieron absolutamente felices, aunque de una excesiva sensibilidad nerviosa. Pasan la mayor parte de su existencia en el seno de los placeres más refinados. Su mundo es un edén perpetuo y sin cesar renaciente. De las flores, brillantes, se exhalan perfumes, los bosques están embalsamados con aromas embriagadores, la luz del día juega en paisajes fantasmagóricos.

En tanto que contemplaba ese maravilloso espectáculo, me sentí rodeado y como penetrado de ondas sonoras que arrullaban mi alma encantada en la más deliciosa melodía que jamás escucharon mis oídos. La sen-

sación de una atracción enteramente celeste parecía llevarme en una nube y hacerme descender lentamente á una isla en el fondo de la cual se alzaba un palacio de flores. Experimenté como una conmoción eléctrica, y me encontré sentado en un amplio sillón, cerca de la alta ventana de un balcón veneciano.

Una góndola con músicos volvía de Lido por el gran canal; los grupos cantaban coros armoniosos, el cielo aparecía espléndidamente constelado, la Luna se ponía tras de las torres y Marte bajaba al horizonte.

En el viejo reló sonaron, lentamente, las doce campadas de la media noche.

—¡B! dije, me habías dormido. Hace más de dos horas que me hallo en esta ventana, la Luna ha recorrido siete mil trescientos kilómetros, girando al rededor de nosotros. Suave atracción, tú riges los mundos á través del espacio; quizás rijas también las almas á través del tiempo. Hermoso cielo estrellado, tú que tanto nos has enseñado ¿no desatarás pronto y enteramente el enigma del gran misterio? En tí esperamos, tú sólo sabrás instruirnos, tú sólo sabrás abrir ante nuestros ojos los panoramas del Infinito y de la Eternidad.